

Continuidad y Cambio

EN LA UNIÓN ENTRE HISTORIA Y POLÍTICA TODA LA SOCIEDAD está confrontada con un problema básico de su existencia: La preservación de la continuidad y la capacidad de cambiar. Todas las sociedades se empeñan, por diversos motivos —políticos, sociales, religiosos y económicos— en mantener una identidad a lo largo del tiempo, es decir, procuran la continuidad. En esto hay un umbral de riesgo, marcado por el cambio de generaciones. Es por esto que toda sociedad dedica un cuidado especial a la integración y a la educación. Toda generación intenta unir a la generación siguiente a la cadena de continuidad.

Esta continuidad exige que normas y experiencias puedan ser transportadas por sobre los límites de las generaciones. En ella se cumplen, en parte, las necesidades de confianza, familiaridad y concordancia, que pueden ser

observadas en todas las sociedades. Esta familiaridad, entre tanto, es dependiente de una cierta regularidad comportamental. Nos orientamos a nuestras acciones a partir del comportamiento supuesto de otro. En este sentido, todas las sociedades, viven con base en una especie de progreso de confianza históricamente garantizado. Cuando esta confianza no existe, o cuando ella se transforma en desconfianza, las relaciones sociales pierden su previsibilidad. La sociedad acaba siendo obligada a limitar sus acciones a lo mínimo, de manera comparable a la situación de un mercado negro: uno sostiene la mercancía en la mano derecha y otro tiene el dinero en la mano izquierda. Ambos solo pueden soltar al mismo tiempo.

Una sociedad encogida hasta el límite de las reglas de juego de la desconfianza, pierde obligatoriamente su vitalidad y prácticamente no es capaz de

actuar. Una continuidad que pasa a ser históricamente captada y la noción de la corriente respecto de la regularidad de los comportamientos acaban siendo, por tanto, elementos indispensables. Pero todas las sociedades necesitan saber lidiar simultáneamente, como hecho que también hace parte de la continuidad, el cambio vertiginoso entre lo viejo y lo nuevo. Lo que acaba de ser reconocido como nuevo, envejece enseguida, y pasa a ser visto con la indiferencia con la que se mira lo ya conocido. Frecuentemente lo nuevo acaba siendo rápidamente transformado en algo envejecido, hasta que nuevo y viejo acaban siendo indiscernibles.

La realidad como una condensación de historia y política. A partir de aquí se puede deducir una cosa muy simple, tan simple que acaba tornándose un lugar común: nada escapa de su historia y nada escapa de la política. Tanto en historia como en política no hay ninguna pregunta totalmente respondida, pero tampoco ningún conflicto, ninguna idea, ninguna ilusión, ninguna leyenda que se hayan perdido definitivamente. Toda sociedad moderna de masas, caracterizada por condiciones productivas tecnológicas, por conocimientos abstractos especializados, por el anonimato de las relaciones, por mundos vitales plurales, tiene una gran necesidad de una identidad colectiva, de un

servicio de orientación. Es interesante observar que, tanto en Alemania como en Europa, la cuestión de la identidad volvió a ser discutida de forma determinante, en un tiempo en que el catálogo de las tareas de la posguerra ya está agotado. Las antiguas ideas y tareas agotaron su fuerza de impulso, sin que otras nuevas hayan ocupado su lugar.

Si partimos de la idea según la cual las sociedades democráticas, debido a todos los distanciamientos y movimientos de retirada de sus ciudadanos, necesitan de una dosis suplementaria de conciencia y experiencias comunitarias, de que hay, por tanto, una especie de “necesidades de identidad errante”, cuyos puntos de referencia no están claros, entonces el futuro va a depender en mucho de la posibilidad y de la forma de elaboración de una orden interpretativa cultural para la nueva época. Sin ella la sociedad moderna se acabará derrumbando. Cuando la política llega a dar continuidad a su propia reducción a meras auto-representaciones y luchas por el poder, cuando la creatividad política acaba lentamente desapareciendo, consecuencias explosivas para la sociedad son inevitables.☺

*Werner Weidenfeld
Escritor alemán, profesor de
Ciencia Política en la Universidad
de Munich. (Tomado y traducido
de Traduções, San Pablo, Brasil)*